

lloros cristalinos de su ausencia, las endechas armoniosas de su viudez.

Una viva trisadura de cristal mordía lentamente los dos viejos corazones. De pie, frente a frente, no sabían qué decirse ni cómo escapar al prestigio que los embargaba.

Y fué ella la que tuvo valor por fin, la que asumió heroicamente esa situación de tragedia absurda (porque, después de todo, no sabía que la luna le estaba dando en la cabeza). Como Emilio hiciera un movimiento para retirarse :

—Quédate ; ya tienen bastante con los cuarenta años de vida que les hemos dado.

Es probable que el destino estuviera incluido en ese plural.

Bajo el bigote de Emilio se estiró una sonrisa escuálida como un cadáver. El lenguaje literario se le vino á la boca, y con una melancólica ironía que manifestaba todos los fracasos del destino, hizo una paráfrasis de Shakespeare :

—No, mi pobre tía, el rocío nocturno hace daño á los viejos. El ruiseñor ha cantado ya, y el ruiseñor es la alondra de la media noche...

LUNAS

UN TROZO DE SELENOLOGIA

Ante mi ventana, clara como un remanso
De firmamento, la luna repleta,
Se puso con gorda majestad de ganso
Á tiro de escopeta.

No tenía rifle,
Ni nada que fuera más ó menos propio
Para la caza ; pero un mercachife
Habíame vendido un telescopio.
Bella ocasión, sin duda alguna,
Para hacer un blanco en la luna.

Preciso es que me equipe
Bien, murmuré al sacar el chisme mostrenco ;
Y requiriendo como un concejal flamenco,
El gorro, la bata, las chinelas de tripe ;
Dispúseme un tanto ebrio de fantasía,
Á gozar con secreto alborozo
Aquel bello trozo
De selenología.

Vi un suelo de tiza,
En el cual recostábanse con lúgubre trasunto,
Tristes sombras de hortaliza
Á las doce en punto.
Pero era
Imposible calcular la hora.
La vida resulta desconcertadora
De esta manera.

Todo se eternizaba en una luz de nitro,
Con perspectiva paradójal de palco escénico;
Había árboles, pero eran de zinc y arsénico;
Y agua, ya se sabe, no queda un solo litro.

(Con movimiento
Blando,
La luna iba girando
Ante el vidrio de aumento).

Y de pronto, sobre geométricas lomas,
Aparecieron los primeros seres
Vivos: cinco palomas
Grandes como mujeres.
Crispábalas una ilógica neurastenia;
Sus miradas eran de personas;
Después hicieron una elegante venia...
Se conocía que eran como *primas donnas*.
Pero en la luna todo es mudo y sordo;
Y en la falta de gravedad excepcional,
(De aquí la neurastenia que es allí normal).
Es como si uno se encontrara á bordo.

Después vino una horizontal región
Donde no había más elevación,
Que sobre un suave arenal
Un inmenso anciano de cristal.
Como esos frascos de licor que son
Un Garibaldi ó un Napoleón.
Y aquél tenía por corazón
Un poco de arena glacial.

Diseñando inútiles rutas,
Durante dos horas pasaron soledades,
Permanentes como verdades
Absolutas.
Entre costas atormentadas
Por el más anormal dibujo,
Vi la *Mar de las Crisis* cuyo reflujó

Provoca las náuseas de las embarazadas.
Es una especie de gelatina
Terriblemente eléctrica por cierto.
Después pasó otro desierto,
Y después una especie de ruina;
Construcción de paradoja
En cuya cornisa, con imprevista gracia,
Lucían una bola verde y otra roja,
Como globos de farmacia.
Pero lo más curioso,
Es que aboliendo mis más serias dudas,
Surgieron junto á un lago en reposo
Muchas doncellas blancas y desnudas.
¡ Al fin veía figuras humanas!
Aunque siendo hasta rubias por más señas,
Tuviesen no sé qué anomalías arcanas,
Dormitando en un pie como las cigüeñas.
Noté bastante hermosas sus caras,
Y bien que la nieve lunar fuera mucha,
Lucían, brillantes de *lawn tennis* y ducha,
Como magnolias duras y claras.

No sé por qué original encanto,
Pensé que hablarían en estilo astronómico,
Algún idioma como el esperanto,
Equitativo, simple y económico.

Mas no bien hube pensado en ello,
Cuando un inesperado destello
Borró vivamente el cuadro aquel,
Digno tema de un docto pincel.
Y tan suave como tierna,
Te vi á ti misma—¿por qué ventana?...
En tu bañadera de porcelana,
Como una Susana moderna,
Más linda, ciertamente, que la antigua Susana.

Y como yo no era un viejo,
Comprendí que allí no había ningún engaño,

Sino que la luna era tu espejo,
Y que tú no estabas en el baño,
Sino desnuda en mi alma, como una
Noble magnolia en un claro de luna.

Así, en símiles sencillos,
Destacábase en pleno azul de cielo,
Tu cuerpo liso como un arroyuelo
Sólo contrariado por dos guijarrillos.

Mas á pesar de tan grata fortuna,
Cierta inquietud me tenía en jaque,
Por haber visto en el almanaque
Que precisamente esa noche no había luna.
Hasta que tú me diste la certeza
Ante nuestro lavabo cojo y viejo,
De que la luna era aquel pobre espejo
Convertido en astro por tu belleza.

EL TALLER DE LA LUNA

Desde su alta tribuna,
En artístico imperio
De blancura y de misterio,
Trabaja la luna.

Con vertical exacta,
El álamo esbelto
Parece el pilar resuelto
De su basílica abstracta.
Y los abedules
En columnata musicalmente acorde,
Estremecen su vértigo al borde
De inefables abismos azules.

Las masas de luz blanca
Van transformándose con arte futuro,
Mezcladas á la sombra que se estanca
En los follajes como un fluído oscuro.
Y es tenebroso pórvido la barranca,
Y cantera de mármol cualquier muro.

Allá el plenilunio incrusta
En nácar de leyenda la obra propia,
Ó cincela con serenidad augusta
Algún noble alabastro en hábil copia.
Trueca el percal de la palurda

En increíble tisú de dama fatua,
Y hiela con tenacidad absurda
Los pies solitarios de la estatua.
(La estatua asegura un histórico interés,
Con la tranquila firmeza de sus blancos pies).

Llena en el huerto la alberca
De sombra y de plata ;
Y un poco más cerca,
La fronda inmediata,
Esfuma sobre el césped su sombra en vago tizne,
Sobre el cual una pieza de ropa, remeda
La palpitación de una Leda
Abandonada á su cisne.

Un leño caduco,
Donde extremosa medra
La hiedra
En alterno verdor con el bejuco,
Se torna bajo su pálido estuco
En boceto de estatuaria piedra :
Junto á una Amistad blanca que nunca reposa,
Duerme, haragán y frívolo, un Amorcillo rosa.
Y por la parte opuesta es aquel grupo,
Que con luz irreal el astro labra,
Un inconcluso fauno á quien no cupo
En el magro pernil el pie de cabra.

La nieve lunar suelda
En el fondo del parque macilento,
Celda sobre celda
Con una simetría de convento.
Y aquel lúgubre claustro
Donde clásicamente puede gemir el austro
Y jugar el duende ameno,
Tiene por tema un ángulo de blanca noche,
Con el perfil de un carricoche
Empinado entre el heno.

Así es como la luna artista
Despilfarra su peculio,
Sin otro éxito á la vista
Que el aplauso del vate contertulio ;
Pues hay un vate fortuito
Cuyo estro se aduna
Á la obra que la luna
Teje como una araña en el infinito.

Su magnífico silencio,
Se llena de Virgilio y de Terencio ;
Y su cráneo, negro de hastío,
Derrocha una poesía rara,
Como un cubo sombrío
Que se invierte en agua clara.

Con punzante sospecha de adefesio
Que desbarata en lírica jerigonza,
Equilibra su torpe serventesio
Pidiendo á la luna su marmórea onza.
Su nocturna cantinela
Tiene un leve agraz de mofa,
Que desbarata el canon de la escuela
Y no logra cabal ninguna estrota.
Es que la fútil luna
La construcción de las cuartetas importuna.
Por eso el triste vate,
Con un arte más alto que el Himalaya,
Lima la ya perfecta siempre mal, ¡ y malhaya
Á la pérfida luna que su éxito combate !

Con arte de moza pícara
La luna para él se encapota,
Como si algún eclipse echara una gota
De café, en su blanca jícara.
Y ante aquel desengaño
Que sus potencias ofusca,
El pobre vate busca
Una vara de sogá y un castaño...

Mas la luna poetisa,
Que á la sublimidad del cénit sube,
Ha salido ya de su nube
Como una doncella de su camisa.
Su desnudez divulga
La hermosura secreta
Que escocía vilmente alguna pulga ;
Y el lúgubre poeta
Ante esa aparición divina,
Bajo la escultura lunar se concreta
En un Pierrot blanco de harina.

Sobre el lago que agrupa
Soñoliento sauzal en su ribera,
Deslízase ligera
Una ideal chalupa
Que es un poco de luz y de quimera.
A poco se advierte,
Que aquello es el viaje de la muerte ;
Y en el viento que sopla
El alma nocturna hacia el limbo uniforme,
El eco de una copla
Extravía un pavor blanco y enorme.

Pero ya menos vívida,
Y mientras el melódico viento se pone ronco,
La luna alarga con histeria lívida
En espectro de sombra cada tronco.
El estanque en desasosiego,
Remueve en sus ondas quedas,
Como un lúgubre talego
Deslustradas monedas.
A través del lóbrego zarzo
Que trenza la umbría,
Algún rayo amontona todavía
Vírgenes bloques de cuarzo.
Mas la tiniebla opresora
Convierte la glorieta en hondo cuévano,

Donde el arte lunar trabaja ahora
En un silencioso ébano.

Y bajo un horror de graves hojas,
Tras de la luna, con prodigio imprevisto,
Su faz asoma un inmenso Jesucristo
En el sangriento sudor de sus congojas.

CLARO DE LUNA

Con la extática elevación de un alma,
La luna en lo más alto de un cielo tibio y leve,
Forma la cima de la calma
Y eterniza el casto silencio de su nieve.
Sobre el páramo de los techos
Se eriza una gata oscura ;
El olor de los helechos
Tiene una farmacéutica dulzura.
Junto á una inmóvil canoa
Que al lago del parque cuenta íntimas vejezes,
Una rana croa
Como un isócrono cascanueces.
Y una guitarra yace olvidada en la proa.

Blanqueando vecindades halagüeñas
En témpanos de cales immaculadas,
Parecen lunares peñas
Las casas aisladas.
La media noche, con suave mutismo,
Cava á las horas el fondo de su abismo.
Y anunciando con sonora antonomasia,
El plenilunio á su inmóvil serrallo,
Un telepático gallo
Saluda al sol antípoda del Asia.

Entre taciturnos sauces,
Donde la esclusa
Abre sus líquidas fauces
Á la onda musical y confusa,
Concertando un eclógico programa
De soledad y bosque pintoresco,
Gozamos el sencillo fresco
De una noche en pijama.
Con trivial preludio,
Que al azar de un capricho se dispersa y restauro,
Conturban la futilidad del aura
Los lejanos bemoles de un estudio.
La luna obresora
Comienza á descender en su camino,
Cuando marca precisamente la hora
La llave puntual de mi vecino.
La luna, en su candor divino,
Va inmensamente virgen como Nuestra Señora.

Vertiendo como un narcótico alivio
Con la extática infinitud de su estela,
Poco á poco se congela
Su luz, en un nácar tibio.

En el agua obscura sobre la cual desfloca
El sauce ribereño
Su cabellera agravada de sueño —
Como un sorbete se deslíe una oca.
Diluye un remo su líquido diptongo,
El lago tiembla en argentino engarce,
Y una humedad de hongo
Por el ambiente se esparce.
El luminoso marasmo,
Reintegra la existencia en lo infinito.
Con temeroso pasmo,
La vida invisible nos mira de hito en hito.
En frialdad brusca,
Se siente la intimidad coeterna
De un alma inédita que busca

Una gota de albúmina materna.
La muerte, como un hálito nulo,
Pasa junto á nosotros, y se siente su pausa,
En el lúgubre disimulo
Del perro que cambia de sitio sin causa.

Al resplandor yerto,
La misma soledad se desencaja ;
Y paralizado en la lunar mortaja,
Diríase que el tiempo ha muerto.
Cuando he aquí que poco á poco,
En la próxima ventana,
Aparece la cabeza arcana
De un médico loco.
Su mirada serena,
Dice infortunios de romántico joven.
Y es tan pura su pena,
Que el abismo lunar lentamente se llena.
De divino Beethoven...

LUNA MARINA

La luna nueva en lo más hondo
Del horizonte, atarda su descenso ;
Y como un resto de agua en el fondo
De un cántaro inmenso,
Sobre la inquieta
Infinitud de abismo y de amarga ola,
Sugiere una enorme sed de profeta
Que en la zarza flagrante se inmola.

En tanto, sobre el espectral velamen,
Una brisa de naufragio,
Pasa imponiéndole repentino vejamen
Con silbos de vagancia y de presagio.
Mas el navío, aunque asaz tétrico,
Todavía tranquilo boga,
Y el oleaje continúa simétrico
Cual un tejado que la vislumbre azoga.

Una brusca ventana
Echa rumores de sarao ;
Y en el salino desabrimiento emana
Con intimidad tertuliana
Un cálido soplo de cacao.

Pero el mar abrevia
Aquel grato detalle con nuevo tumbo,
Y en el ignoto rumbo,
La noche vuelve á su majestad previa.
Entonces, sobre los mares arcanos,

Haciendo en el aire el proverbial castillo,
Se evoca el dulce organillo
De los plenilunios ciudadanos.

Roedora conjetura,
Intimamente el espíritu embarga.
Bajo una soledad demasiado larga
Todo el pasado niega la ventura.
Y el corazón marcha con su pena oscura
Como árido camello con su carga.

Con histéricos effluvios,
La maravilla lunar preexiste,
Iluminando cabellos rubios
De longitud anormal, en la onda triste.
Y la música inaudita
Del organillo imposible,
Llora con una sencillez increíble
En una desolación de luna infinita.
Como huracán vagabundo que pulsa
Para su insomnio y su perro,
En una vieja guitarra convulsa
Nobles dolores de destierro;
Traspasada de ternuras,
El alma, de los ángeles vecina,
Abre á la inspiración su ala genuina
Para arrancarse lágrimas más puras.
El alegre organillo en la tristeza
Del grave mar, divaga con fútil melodía,
Empalideciendo de luna la tristeza
Que es el fondo cordial de su alegría.
Y mientras con la brisa traba flébil litigio,
Mece el astro en las aguas su ebúrnea trirreme,
Haciendo brotar en pálido prodigio
Las Ciudades del Mar que el nauta teme.

Es como si entre el bullido espumarajo
Que estruja en la estela líquidos pañales,
Viniera el organillo sonando muy abajo

En el teclado oscuro de los hondos cristales.
Y á ratos en las cuencas abismales,
Repercute claramente un badajo.

Su són anuncia por las fatales trayectorias
Del oblicuo vértigo de avenidas
En que tiemblan las ciudades ilusorias,
La augural campana de las naves perdidas.
La faz urbana, sobre el vago celeste,
No es sino un vertical rigor de perfiles
En fuga hacia el Oeste,
De donde un aura llena de ideas sutiles
Murmura que son las Ciudades de la Peste.

Por eso abren tan solas,
Bajo el novilunio miope,
Sus calles sin más vida que el mudo galope
Con que inflan sus siluetas tumbales las olas.
El aire se pone inerte
En su abierta extensión, sin causa alguna;
Y llena todo el ámbito la blanca muerte
De la luna.
Para que el luminoso desamparo irradie
Con más desolación, se alza la niebla.
Un metafísico y evidente Nadie,
En negativo concepto las puebla.
Sobre el venenoso mar de antimonio,
Su existencia maligna,
No tiene otro testimonio
Que aquel badajo en lugubre consigna.
Y de pronto se nota en el seno
De la noche finamente plateada,
Que en realidad no se ha oído nada,
Ni tañido ni música por el aire sereno.
El organillo, á ratos pueril ó grave,
Fué nada más que un silencio, lleno
De invisibles ojos fijos sobre la nave.

Un silencio con ojos, impávido y ajeno.

EL SOL DE MEDIA NOCHE

En aquel día de oro suave
Que no tiene fin ni comienzo,
Sobre el cielo lavado de azul como un lienzo,
Se destaca la nave.
Serenísima cabalga
Las olas limpias como calderas,
Arrollando oleosas densidades de alga
Que parecen cabelleras
De anegadas lavanderas.
En lóbrega oxidación de cobaltos,
Alza la costa sus austeros basaltos ;
Y á la falda de los montes,
Con sus cimas flagradas de sol, el cielo irradia
Una expansiva claridad de horizontes
En pradiales ternuras de Arcadia.

Bajo pálidos tules
Que disuelven el cénit en turquesa,
La nieve montañesa
Contrasta entre ligeros abedules.

Una gaviota ensancha
El círculo de su vuelo
Sobre la palpitante lancha,
Que diluye su aguda mancha
En una difusión de *fiord* y cielo.

El agua, mar adentro,
En su propia plenitud se aísla,
Y toda la inmensidad tiene por centro
El punto obscuro de la última isla.

Y se desea á la nave buena suerte,
Y en la extensión no hay amenaza alguna,
Cuando, de pronto, se advierte
Que todo aquello pertenece á la luna.
El día es un abuso
Que en el tesoro lunar se ceba ;
Y desde el páramo á la gleba,
El oro permanente del sol intruso
Con su brillo insolente nada prueba.
La luna viejecita,
En un vago hielo se derrite,
Quizá soñando un íntimo escondite
Que fuera á la vez templo y ermita.
¡ Pobre luna de estío
Condenada á que bogue
Con mortal desvarío,
Sin poder bañarse en ningún río
O en el habitual mar de azogue !
A la par con sus penas,
Plenilunios inútiles devana,
En la astronómica ventana
Donde sueña sus noches agarenas.

Farol glacial del invierno :
Cuando se paralice toda savia,
Y muera como un tigre el sol eterno,
Y temple el cierzo formidable la gavia,
Y petrifique el boreal infierno
En suplicio de mármol toda la Escandinavia ;
Tu ojo de pez antediluviano
Congelará con su influjo maligno
La desolada extensión, en signo
De esplendor soberano.

Sobre rígidos mares
Que formarán tu palestra,
Recordarás sardónica á la nieve siniestra
Las medias noches solares,
Y tu blanca ironía será una obra maestra.

Busca un antro oportuno
Hasta que llegue la solar exequia,
Ó tu dorado panal obsequia
Al oso misántropo en desayuno.
Que su filial blancura concentre
Tu noble prez, y que desde su brezo,
Te trague en lóbrego bostezo
Y hasta el otoño te guarde en el vientre.